

ITINERARIO JUBILAR

PEREGRINOS DE ESPERANZA



Primer Encuentro:
Iglesia de los Santos Mártires
«...porque fui forastero y me hospedasteis...»
(Mt. 25,35)



Segundo Encuentro:
**Centro de Rehabilitación
Psicosocial San Juan de Dios**
«...estuve desnudo y me vestisteis...»
(Mt. 25,36)



Tercer Encuentro:
Hospital Público San José
«...tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed
y me disteis de beber, estuve enfermo y me visitasteis...»
(Mt. 25,35-36)



Cuarto Encuentro:
**Centro Penitenciario de Teruel
y Ermita de la Virgen del Carmen**
«...estuve en la cárcel y vinisteis a verme...»
(Mt. 25,36)



José A. Santed



«Deseo que este itinerario jubilar les ayude
a afrontar las dificultades de la vida de cada día
y las cruces que tengan que soportar.
Como dice el Papa Francisco
no nos dejemos robar la esperanza»

«Venid, vosotros, benditos de mi Padre...»

(Mt. 25,34)

“Dios nos invita a confiar”

¡Hola! Empezamos este recorrido especial aquí, en la Iglesia de San Francisco. Fue construida hace muchos siglos, y hoy nos recibe con un saludo muy bonito de los franciscanos: **¡Paz y Bien!**

Eso es lo que Dios quiere para ti: paz en tu corazón y cosas buenas en tu vida.

Estamos en el **Año Jubilar de la Esperanza**, y el Papa Francisco nos recuerda que **la esperanza no decepciona**.

A veces no sabemos qué pasará mañana. Sentimos miedo, dudas o inseguridad. Pero también tenemos sueños, confianza y deseos de seguir adelante.

Dios está ahí, acompañándonos en todo momento, **amándonos tal como somos** y dándonos fuerza para no rendirnos.

San Pablo escribió que **nada nos puede separar del amor de Dios**. Ni los problemas, ni los errores, ni las situaciones difíciles. Esa es la base de nuestra esperanza: **Dios nunca nos abandona**.

Este Itinerario Jubilar es mucho más que visitar lugares. Es como un viaje por la vida, donde Dios nos invita a mirar con más atención lo que pasa a nuestro alrededor. Vamos a encontrarnos con cuatro realidades que existen en nuestro mundo: personas que sufren, que luchan, que esperan algo mejor.

Dios nos las pone delante para que **abramos los ojos, escuchemos su voz y aprendamos a mirar con el corazón**.

Este camino nos puede ayudar a:

- pensar en lo que de verdad importa,
- aprender a escuchar en silencio,
- valorar el esfuerzo y la sencillez,
- y descubrir que incluso en los lugares más difíciles... hay esperanza.

Que este recorrido nos ayude a ser luz y apoyo para otras personas, especialmente las que lo están pasando mal. Dios nos está llamando.
¿Te atreves a escucharle?

PRIMER ENCUENTRO
(Iglesia de San Francisco,
parroquia de los Santos Mártires Franciscanos)

«Fui forastero y me acogiste...»

(Mt. 25,35)

Testigos del Evangelio ayer y hoy

Hace unos 800 años, llegaron a Teruel Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, dos franciscanos enviados desde Italia. Vinieron como misioneros, con mucha fe y con ganas de compartir el mensaje de Jesús. Lo hicieron con humildad: cuidando enfermos y leprosos, ayudando a los pobres, rezando y enseñando a los niños. Cuando aprendieron el idioma, empezaron a predicar por plazas y pueblos.

Vivieron su fe con tanta entrega que llegaron a dar la vida por ella: por eso son mártires, y hoy descansan en esta iglesia.

Pero su historia no se quedó en el pasado. Hoy también hay personas en nuestro barrio que viven como ellos: ayudando a los demás, acogiendo a quienes vienen de lejos, acompañando a los que más lo necesitan.

Su vida nos recuerda que la fe no es solo rezar o ir a misa. La fe es también salir al encuentro del otro, hacer el bien, y tratar a todos como hermanos, como Jesús nos enseñó.



San Juan y San Pedro creyeron en un Dios que es amor y vida, y lo demostraron con sus actos. Hoy, nosotros estamos invitados a hacer lo mismo, a ser esperanza en medio del mundo.

CONFESIÓN DE FE

*Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.
Creo en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos:
Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros lo hombres y por nuestra salvación bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen,
y se hizo hombre;
y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato;
padeció y fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras,
y subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre;
y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos y su reino no tendrá fin.
Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria,
y que habló por los profetas.
Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.
Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados.
Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.*

ORACIÓN FINAL - Alabado seas, mi Señor

Siguiendo la invitación del Papa Francisco en su encíclica *Laudato Si'* sobre el cuidado de la casa común, proclamemos juntos el "Alabado seas, mi Señor" que cantaba san Francisco de Asís. Ese hermoso cántico nos recuerda que toda la tierra es también como una hermana, con la cual compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos:

*Altísimo y omnipotente buen Señor,
tuyas son las alabanzas,
la gloria y el honor y toda bendición.*

*Alabado seas, mi Señor,
en todas tus criaturas,
especialmente en el Señor hermano sol,
por quien nos das el día y nos iluminas.*

*Y es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.*

*Alabado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.*

*Alabado seas, mi Señor,
por la hermana nuestra madre tierra,
la cual nos sostiene y gobierna
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.*

*Alaben y bendigan a mi Señor
y denle gracias y sírvanle con gran humildad.*



SEGUNDO ENCUENTRO (Centro de Rehabilitación Psicosocial San Juan de Dios)

«...estuve desnudo y me vestisteis...»

(Mt. 25,36)

Hola peregrino/a,

Estás frente al Hospital de Salud Mental “San Juan de Dios”. Aquí viven personas que están sanando heridas emocionales y mentales. También trabajan médicos, enfermeras, monitores y cuidadores. Todos tienen algo en común: **viven con esperanza**.

Esa esperanza les ayuda a mirar más allá de las dificultades y a confiar en que las cosas pueden mejorar. Como dice el Papa Francisco, la esperanza no es solo tener días buenos o sentirse bien, sino mirar más lejos, hacia la meta a la que Dios nos llama: **hacer del mundo un lugar mejor para todos**.

Aquí, la esperanza es fuerza para aceptar nuestras debilidades, para seguir adelante y crecer como personas. Es una esperanza que no se rinde y que se apoya en lo bueno que hay en el mundo y en los corazones de las personas.

Dios nos invita a reconocer su presencia aquí. En cada persona que lucha y en cada cuidador, **Dios actúa y siembra esperanza**.

Por eso, nos unimos a todos los que viven y trabajan aquí. Como ellos hacen en la Eucaristía de cada sábado, también nosotros podemos orar juntos diciendo: **Padre Nuestro...**

TESTIMONIO

“Aquí en este hospital me siento evangelizado, recobrando la esperanza”. Escuchamos ahora un testimonio de fe y esperanza:

«Hola , mi nombre es Juan Carlos, formo parte del personal sanitario en el Hospital Psiquiátrico de Teruel. Llevo más de 30 años trabajando con pacientes con trastorno mental severo, lo que les impide llevar una vida independiente y autónoma fuera del hospital. Se crea un vínculo muy importante entre personal y pacientes.

A fuerza de compartir experiencias, en muchos casos somos la única familia que ellos tienen, o lo más parecido a una familia. Compartimos los momentos buenos y los momentos malos. La mayoría de ellos tienen historias muy duras que contar.

Han sufrido abusos, soledad, incomprensión, aunque todos ellos tienen un denominador común, que es las ganas de superarse día a día y el mirar al futuro con esperanzas renovadas.

Considero un don de Dios el poder acompañarles en este proceso vital. Son sin duda un ejemplo de humanidad y de superación.

Creo que la sociedad en general debemos reconocerlos como personas dignas y darles el lugar que se merecen. Por desgracia, siguen siendo en muchos casos excluidos y estigmatizados. Es parte de mi labor procurarles una vida lo más cómoda y feliz posible.

Solo puedo decir personalmente que me siento muy orgulloso y agradecido de poder ejercer esta vocación y, sobre todo, con la responsabilidad de dar lo mejor de mí».



ORACIÓN DESDE EL HOSPITAL DE SALUD MENTAL

Salmo 79: El rostro de Dios brilla en los rostros de las personas que viven y trabajan aquí

“Dar una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada buena, escuchar de verdad, ayudar sin esperar nada a cambio... puede ser una semilla de esperanza para quien lo recibe.” (Papa Francisco en “La esperanza no defrauda” 18)

*Oh Dios, restáuranos,
que brille tu rostro y nos salve.*

*Tú, Pastor de Israel,
escucha,*

*tú que estás en el cielo, resplandece.
Despierta tu poder y ven a salvarnos.*

*Dios de los ejércitos, vuelve tu mirada,
mira desde el cielo, visita tu viña,
la planta que tú hiciste crecer.*

*Protege con tu mano a tu pueblo,
a las personas que tú fortaleciste.*

*No nos apartemos de ti,
danos vida para invocar tu nombre.*

EL SEÑOR ME ENVÍA

Ahora, hagamos un momento de silencio, y pensemos delante del Señor:

¿Qué camino puedo seguir yo para ayudar, como Jesús, el Buen Samaritano?

¿De qué manera puedo cuidar a los enfermos, sus familias y quienes los cuidan aquí?

Ponerse en camino es la señal de quienes buscan el sentido de la vida.

(Papa Francisco, La esperanza no defrauda, 5)



TERCER ENCuentRO (Hospital de San José)

«...tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve enfermo y me visitasteis...»

(Mt. 25,35-36)

Estamos frente al Hospital San José, un lugar dedicado al cuidado de los enfermos desde 1913. Por aquí han pasado muchas personas, como tú, buscando salud, consuelo o sentido.

El Papa Francisco llamó a los hospitales “posadas del buen samaritano”, porque en ellos se acoge y cuida a los que sufren. Mientras caminas hacia la capilla, detente un momento, respira hondo y repite en tu interior:

“Ven, Señor Jesús, y abre mi corazón.”

En este lugar, muchos enfermos encuentran compañía, cariño y cuidado. También los profesionales que trabajan aquí, a veces en situaciones difíciles, son signos vivos de esperanza. Cuidar del que sufre, especialmente de quien tiene alguna discapacidad o enfermedad dura, es un canto a la dignidad humana. Es sembrar esperanza.

El Papa Francisco nos recuerda:

- “Los enfermos son un tesoro: nos enseñan a vivir con dignidad incluso en la fragilidad.”
- “Dios está cerca de cada enfermo, incluso en los momentos más oscuros.”
- “Cuidar de los demás es una tarea de toda la sociedad.”

Te invito a entrar en la capilla

O, si lo prefieres, siéntate un momento en los bancos frente a la entrada. Haz silencio. Escucha.

No podemos vivir este encuentro sin leer la parábola del Buen Samaritano (Lucas 10, 25-37).

En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». Él respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo». Él le dijo: «Has

respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: "Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva". ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

Un rato de reflexión personal

1. Todos estamos heridos.

Quizá alguna situación te quita energía o te hace sentir débil.
Tómate un minuto para identificar qué "herida" llevas dentro.

Ponle nombre. Háblala con Dios.

2. Aun heridos, podemos sanar a otros.

En el Evangelio, el sacerdote y el levita pasan de largo.
Solo el samaritano se detiene y cuida.
¿Y tú? ¿Pasas de largo o te detienes a mirar al que sufre?

3. El que ama, cura.

El samaritano cuida con aceite, vino, y su tiempo.

¿Tienes algún don que puedas poner al servicio de otros?

Una palabra, una sonrisa, una visita, tu escucha...

Todo puede ser esperanza.

Un poema para orar

Mientras lo recitas, piensa en alguien enfermo.
Ponlo en manos del Señor con fe y cariño.

En la Luz de la Esperanza

*En la sombra del dolor, te encuentro,
Dios de amor, en mi quebranto,
Tu mano suave me sostiene,
en cada lágrima que el alma contiene.*

*Cuando el cuerpo clama y se siente cansado,
Tu voz susurra: «No estás abandonado.»
En la noche oscura, brilla Tu estrella,
la esperanza renace, dulce centella.*

*Cada latido es un canto a la vida,
aunque el camino sea de heridas.
Tú eres el faro en mi tormenta,
la paz que en mi pecho se alimenta.*

*Los días grises no me asustan ya,
pues sé que en Ti siempre hallaré paz.
Eres refugio en mi fragilidad,
fortaleza eterna en la adversidad.*

*Así sigo adelante, con fe renovada,
sabiendo que en Ti mi alma es amada.
En cada sufrimiento hay un rayo de luz,
pues en mis sombras siempre brillas Tú.*



CUARTO ENCUENTRO (Centro Penitenciario de Teruel y Ermita de la Virgen del Carmen)

«...estuve en la cárcel y vinisteis a verme...» (Mt. 25,36)

INTRODUCCIÓN

Hola, peregrino/a:

Detrás de estos muros que ahora ves hay vida. En este centro penitenciario viven cerca de 200 personas privadas de libertad, junto a los funcionarios que los acompañan en su día a día. Allí, muchas veces, se convive con el dolor, la soledad y la desesperanza.

Sin embargo, también allí está Dios. Aunque no se vea fácilmente, su presencia se hace real en gestos pequeños: una palabra de aliento, una visita, una oración compartida, un rosario entregado, una conversación sincera.

El Papa Francisco ha dicho: ***“Una condena sin futuro no es una condena humana: es una tortura” . “Nunca se prive a nadie del derecho de empezar de nuevo”.***



El Evangelio nos recuerda que Jesús está presente en cada persona encarcelada: ***“Estuve en la cárcel y vinisteis a verme”.***

Dios nunca cierra la puerta a nadie. Siempre nos ofrece una nueva oportunidad. Y donde hay perdón, renace la esperanza. Donde hay un corazón que ama, hay futuro.

En este Jubileo, el Papa nos anima a ser signo de esperanza para quienes más lo necesitan. Hoy, desde aquí, nos unimos en oración con los presos de este centro, que cada sábado en la Eucaristía dicen con fe y esperanza: **Padre Nuestro...**

TESTIMONIO

“De la OSCURIDAD a la LUZ: mi transformación en el Centro Penitenciario de Teruel”,

(Escuchamos ahora el testimonio de Miguel Ángel, una historia de fe y esperanza.)



«Mi nombre es Miguel Ángel Vargas Domínguez, y esta es la historia de cómo un error en mi vida me llevó al centro penitenciario de Teruel, donde pasé dos años y medio cumpliendo una condena por tráfico de drogas.»

Cuando ingresé al centro penitenciario de Teruel, sentí que mi vida se desmoronaba. El impacto de la sentencia, la pérdida de libertad y la separación de mis seres queridos me sumergieron en una profunda desesperación. Recuerdo las primeras noches, cuando la soledad en mi celda era abrumadora y la culpa por mis acciones me perseguía sin descanso.

A través de sus historias y enseñanzas, comencé a ver que, aunque había cometido errores graves, todavía tenía la capacidad de cambiar y redimirme. Recuerdo con claridad una charla sobre el perdón. Fue un momento revelador para mí. Comprendí que, antes de poder ser perdonado por otros, necesitaba perdonarme a mí mismo. Los miembros de la pastoral no me juzgaban por mis acciones pasadas; en cambio, me animaban a ver mi estancia en prisión como una oportunidad para reconstruir mi vida desde cero.

El momento decisivo en mi transformación ocurrió en una noche especialmente difícil. Estaba solo en mi celda, abrumado por la tristeza y la culpa, cuando sentí una presencia que no puedo describir con palabras. No fue una visión ni una voz, sino una sensación profunda de paz y consuelo que llenó mi corazón. En ese instante, supe que no estaba solo; sentí que Jesús estaba allí conmigo, ofreciendo su amor y perdón. Este encuentro no fue un milagro en el sentido tradicional, pero fue un punto de inflexión en mi vida. A partir de ese momento, comencé a ver las cosas de manera diferente. Empecé a leer la Biblia y a meditar sobre sus enseñanzas. Las palabras de Jesús sobre el amor, el perdón y la redención me dieron la fuerza para seguir adelante. Comprendí que, a pesar de mis errores, tenía la oportunidad de cambiar y de vivir una vida mejor. Me comprometí a dejar atrás el pasado y a trabajar en mi rehabilitación.

Con el apoyo de la pastoral penitenciaria y mi renovada fe en Jesús, comencé a prepararme para mi eventual libertad. Sabía que, para reintegrarme en la sociedad, necesitaba más que simplemente cumplir mi condena; necesitaba cambiar desde dentro. Aproveché todas las oportunidades que me ofrecía el centro penitenciario para mejorarme a mí mismo. Uno de los mayores desafíos que enfrenté fue el temor al rechazo social. Sin embargo, los miembros de la pastoral y mi fe en Jesús me dieron la confianza para superar este miedo. Me enseñaron que mi pasado no definía mi futuro y que, con esfuerzo y dedicación, podría demostrar que había cambiado.

Al salir de prisión, mi vida cambió radicalmente. La libertad que tanto había anhelado vino acompañada de una responsabilidad nueva: demostrarme a mí mismo y a los demás que podía ser un miembro valioso de la sociedad. Mantener mi relación con Jesús ha sido fundamental en este proceso. A través de la oración y la meditación, continúo buscando su guía en mi vida diaria. Su ejemplo de amor y perdón sigue siendo mi fuente de inspiración y fuerza en los momentos difíciles».

ORACIÓN DESDE LA CÁRCEL

Dijo Jesús en Nazaret que había sido enviado “a proclamar la liberación a los cautivos” y “a dar la libertad a los oprimidos” (Lc 4,16-20). También dijo:

“Estuve en la cárcel y vinisteis a verme... Lo que hicisteis con uno de estos, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,31-46).

Pedimos al Señor fuerza y Espíritu para seguir sus pasos.

DIME CÓMO PUEDO HACERLO, SEÑOR

Si puedo abrir los ojos a su realidad,
escuchar su clamor y ofrecer consuelo,
dime cómo puedo hacerlo, Señor.

Si puedo visitarlos, acogerlos,
acompañarlos con solidaridad,
dime cómo puedo hacerlo, Señor.

Si puedo ser Iglesia presente,
y colaborar en su liberación,
dime cómo puedo hacerlo, Señor.

Si puedo defender su dignidad,
abrir caminos de esperanza,
dime cómo puedo hacerlo, Señor.

EL SEÑOR ME ENVÍA

- Hago un momento de silencio y pienso: ¿qué puedo hacer yo por los presos, según mis capacidades?
- Aquí estoy, Señor. Envíame si puedo hacer algo que les abra horizontes de esperanza.
- **Rezo a MARÍA**, bajo las advocaciones de **Virgen del Carmen** y **Virgen de la Merced**, dos Avemarías:
 - Una por los presos y por sus familias;
 - Otra por mí y por todos los que trabajan con ellos.

¡El Jubileo, una experiencia de liberación que abre a la esperanza!